

Dr. JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA
DEL INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY

EL HISTORIADOR

ANTONIO DEODORO DE PASCUAL

Estudio leído el 21 de Octubre de 1926, en
sesión plenaria del Instituto

MONTEVIDEO—URUGUAY
1927

Dr. JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA
DEL INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY

EL HISTORIADOR

ANTONIO DEODORO DE PASCUAL

Estudio leído el 21 de Octubre de 1926, en
sesión plenaria del Instituto

MONTEVIDEO — URUGUAY
1927

El historiador Antonio Deodoro de Pascual

FOR

J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA

I

A manera de preliminar

Hablando aquí mismo, en nuestra casa de estudios, hace unos días, dije a mi viejo amigo e ilustre historiador Raúl Montero Bustamante, que no era justamente—al revés de lo que pensaba él—una rehabilitación de Antonio Deodoro de Pascual, el trabajo que yo tenía prometido leer a mis dignos colegas del Instituto. La misma palabra rehabilitación ya era excesiva. Para intentarla, si había lugar, era preciso una cantidad de datos y documentos muy superior a los que yo poseo.

Alguien—no recuerdo bien quién es, pero puede ser Mazzini—ha escrito alguna vez que, para hacer una rehabilitación histórica es preciso que quien la emprenda, se identifique completamente con el sujeto cuestionado, sintiéndolo y comprendiéndolo.

Y cuanto más el autor tiene dentro de sí al personaje, cuando con más hábito es visitado (*hanté*, que dicen los franceses) por el sujeto, más trascendental y más caliente de vida será el trabajo rehabilitatorio...

Pues bien: yo estoy lejos de cualquiera de esos extremos favorables.

Antonio Deodoro de Pascual interesóme ciertamente como un nuevo caso de esos hombres que, juzgados sin proceso, quedan anonadados para siempre por un epíteto, o calificados por la eternidad, merced al juicio de una autoridad quién sabe si indiscutible.

Entre nosotros, estos casos se repiten, y estos casos, empezando por el del general Anacleto Medina, se me han representado siempre como algo que no puede ser, como una injusticia que clama al cielo.

Durante mi última residencia en Río de Janeiro, en el año 1920, tuve oportunidad de encontrar algunas referencias no conocidas de

este curioso hombre de letras que fué Antonio Deodoro de Pascual y, sabiendo que las ocasiones no vuelven casi nunca, utilicé aquellas referencias y resolvime a pesquisar acerca de su vida y de sus obras.

Sucedió, sin embargo, que estando yo en el Brasil desempeñando el cargo de Secretario de nuestra Legación, encontrábame en lo mejor de la tarea, muy esperanzado en adelantar mis investigaciones respecto a la persona y modalidades de mi hombre, cuando recibí órdenes del Ministerio de Relaciones Exteriores respecto a un nuevo destino en la carrera.

Convinimos, entonces, con el ilustre historiador riograndense doctor Alfredo Varela, excelente amigo cuyo recuerdo evoco lleno de satisfacción, que tan pronto como pareciera estar en punto a término la investigación, él proseguiría los trabajos durante mi ausencia, sustituyéndome con las ventajas que no necesito ponderar.

Pero fué así que el doctor Varela, miembro, a su vez, del personal consular brasileño, no demoró muchos días en recibir instrucciones según las cuales debía embarcarse en breve término para ocupar el consulado de Trieste.

Y salimos los dos de Río de Janeiro, Varela para el Norte, buscando en el fondo del Adriático la antigua Tergestum, y yo para el Sur, rumbo a Montevideo, con muy contados días de diferencia.

Los elementos en que mi labor asienta son, de esta manera, los que obtuve personalmente en Río de Janeiro, unidos a otros conseguidos aquí, en diversas fuentes, y los que luego me envió de la ya citada capital fluminense, el eminente polígrafo doctor Max Fleiuss, digno Secretario perpetuo del Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro.

II

De Pascual juzgado por nuestros historiadores

Antonio Deodoro de Pascual, pese a no ser un desconocido en la bibliografía americana, y debiéndosele—por la parte que nos toca a los uruguayos—una no vulgar obra de historia nacional, muy apreciable por distintas razones, se halla catalogado, para la generalidad de nosotros, ni más ni menos que entre la lista de hombres sin juicio cabal, o muy cercanos de la línea que limita la cordura.

Habiendo corrido respecto a De Pascual muchas exageraciones y falsedades, conveniente será que alguna vez sepamos algo cierto respecto a él, basado en datos y noticias de fundamento.

Hasta ahora, en nuestro mundo de historia y de letras, habían primado únicamente sobre Adadus Calpe (seudónimo habitual de De

Pascual), las afirmaciones de Juan Valera, exactas no sabemos hasta dónde, y pasibles, siempre, de ser sometidas a un delicado análisis.

El doctor Luis Melian Lafinur fué—que yo sepa—el primero de nuestros historiadores que sacó a luz la referencia de Valera, en la página 24 de su opúsculo “Las charreteras de Oribe”.

Dardo Estrada, nuestro malogrado e inolvidable compañero de Instituto, reprodujo los mismos asertos, transcribiendo las palabras de Valera, en la página 200 de su erudita “Historia y bibliografía de la Imprenta en Montevideo”.

Así, las afirmaciones de Valera se vulgarizaron, afirmándose con la autoridad de una novel, pero prestigiosa pluma.

El doctor Eduardo Acevedo, en el primer tomo de su documentado libro sobre Artigas, hízose eco de las mismas palabras.

Es en los “Apuntes sobre un nuevo arte de escribir novelas” (Obras completas de Juan Valera, tomo XXVI, página 198), donde el insigne autor de “Pepita Giménez” nos dice que... De Pascual, a quien conoció en Río de Janeiro, se creía inventor de un método o sistema para soñar, a base de unos elixires que tenía clasificados en un botiquín para su uso. Los principales eran: elixir seráfico, o de los placeres místicos; heroico afrodisíaco, con el que gozaba del paraíso musulmán, y el elixir luciferino, con el que se hundía en el infierno, siendo de su sistema, lo más portentoso el *funi-fantasmagoría*, ingeniosa horca, que tenía la propiedad de sobreexcitar la médula espinal.

Melian Lafinur hace la cita, tomándola de los “Apuntes, etc.”, de Valera, edición de Madrid, 1887, páginas 174 y 175.

Estrada afirma que Valera conoció a De Pascual en la época en que era Ministro de España en el Brasil; pero Valera nunca fué Ministro en Río de Janeiro, debiendo creerse que estuvo allí en funciones de Secretario o cosa semejante.

No negaría yo que algo de este botiquín y mismo el ingenioso aparato complementario hubieran sido vistos por Juan Valera en los días que estuvo en el Brasil y conoció y frecuentó a Antonio Deodoro de Pascual.

Tampoco pondría en duda que De Pascual tuviera lo que nosotros llamaríamos “sus cosas”, y hasta si se quiere, “sus chifladuras”, entrando en el número su método de soñar...

Muy bien.

Pero el asunto puede ser más complejo de lo que a primera vista parece.

¡Es novedad, actualmente, por ejemplo, el uso de los alcaloides,

para provocar excitaciones anormales o estados de espíritu particulares?

Pudo De Pascual, pongo por caso, usar de tóxicos excitantes; seguramente los usó; tal vez abusó de ellos, y habría un indicio en la misma *causa mortis*, que aparece en el certificado de defunción — anemia.

Pero el novelista también pudo ser tomado de sorpresa, y De Pascual complicar las cosas con imaginaciones y con charlas.

Examinando los nombres y los efectos de los distintos elixires, y defiriendo, para ser considerado al final, el extraño aparato portentoso, debo decir que todos aquellos elixires y sus clasificaciones por efectos, aparecen hoy a la luz de la patología literaria contemporánea—las literaturas malsanas de Pompeyo Gener—mucho menos impresionantes y misteriosos de lo que pudieron aparecer ante los ojos de Juan Valera hace sesenta años.

La morfina, la codeína y la narcotina o sal de Derosne, la tebaína, etc., son productos derivados del opio, descubiertos y vulgarizados desde hace mucho tiempo, algunos de ellos casi desde principios del siglo pasado.

En los mismos tiempos hablábase ya por varios autores, de los que usaban inmoderadamente de esos productos, haciéndose reiteradas referencias al narcotismo.

El opio en sí es tan viejo como la humanidad.

Según la mitología griega, Ceres fué la primera en conocer las virtudes de la adormidera, y con adormideras se decoraba el templo de Morfeo.

En el Oriente el opio se ha empleado desde tiempos inmemoriales, como un excitante agradable y capaz de producir sensaciones y sueños voluptuosos.

El *hachich* lo trajeron a Europa los cruzados.

El *dawanesch*—una de las composiciones del *hachich*—es antigua droga bien conocida en Oriente y en los puertos levantinos, por cuanto provoca sensaciones agradables y visiones de harem.

La coca y la morfina engendran, en los principiantes y a dosis moderadas, estados de euforia.

El *hachich* (extracto graso de *cannabis indica*), tomado en altas dosis, provoca alucinaciones atroces y visiones terroríficas.

Podría yo citar el caso de Horacio Quiroga, el bien conocido literato, autor de tan admirables cuentos, que siendo compañero nuestro, se envenenó con *hachich*, aquí en Montevideo, curioso de conocer sus efectos.

Este caso fué observado con verdadera sagacidad por el hoy doctor Alberto J. Brignole, Director del Hospital Fermín Ferreira, y entonces estudiante de Medicina, e intervino como médico—entre otros—el doctor Soca.

Quiroga vió cosas espantosas—realmente luciferinas, que diría de Pascual.

Véase sobre tan extraño caso, en el libro de Quiroga "El crimen del otro", (Buenos Aires, Imp. Spinelli, 1904), cuento titulado "El haschich", página 164.

Ahora bien: en el efecto de estos excitantes entra mucho, a lo que parece, la naturaleza íntima de los sujetos, habiendo en todo, además, una gran parte imaginativa.

La horea funifantasmagórica—que al fin ignoramos en qué consistía—"ingeniosa horea" la llama Valera,—debió servir también a modo de excitación ficticia de la médula, pues en aquella época, y hasta no hace mucho todavía, el placer sensual en los ahorcados pasaba por una verdad científica.

Se registran en los anales de medicina legal casos de individuos que han llegado a sufrir un principio de estrangulación, tratando de hallar—o de entrever siquiera—aquellas malsanas sensaciones voluptuosas.

Faltaría averiguar—a mayor abundamiento—si De Pascual dijo estas cosas muy en serio, o si las refirió a don Juan, hombre mujeriego y de aventuras, según está probado, *pour l'épater*.

A lo referido por Valera en su cita, se ha reducido el saber de nuestros historiadores respecto a De Pascual, variando cada uno de ellos, únicamente, en la salpimentación con adjetivos más o menos fuertes.

Nadie—fuera de saber eso—sabía ninguna cosa de Antonio Deodoro de Pascual.

Por este único y singular testimonio filióse a un hombre, encasillándolo en la categoría de los medio locos—fronterizo, como lo dije en párrafos anteriores.

Estrada, benevolente entre todos, lo llama "curioso señor"; para el doctor Melian Lafinur es un español "chifado", "desequilibrado y extravagante a la vez que original personaje".

Lo dejaré a De Pascual, a título provisorio, en pleno goce de su mala fama y con su rótulo de estulto, mientras se dan a conocer algunas noticias nuevas del hombre, para ocuparme luego de su obra, y volver a buscarlo finalmente, donde quedó.

III

Boceto biográfico de De Pascual

Antonio Deodoro de Pascual, conocido en el mundo de las letras por Adadus Calpe—anagrama de su nombre—era español.

El doctor Augusto Sacramento Blake, en su "Diccionario Bibliográfico Brasileiro", tomo I, dice que nació en Castilla la Nueva, en julio de 1822.

Según el mismo autor, hizo en su país estudios de humanidades, pasando después a Italia, Alemania y Francia, donde frecuentó algunas Facultades.

Vino a América en 1844, según mis datos, dirigiéndose primeramente a Cuba, con una carta de Martínez de la Rosa, para aquel admirable hombre bueno y sabio ilustre que se llamó don José de la Luz y Caballero.

De Cuba, trasladóse a los Estados Unidos, donde fué profesor de Filosofía en un colegio español, pasando después a enseñar idiomas en otro, inglés, del distrito de Columbia.

Radicado más tarde en Nueva York, profesó idénticas materias en el instituto de un emigrado bonapartista que se apellidaba Peuguet.

Todo induce a creer que de Pascual era hombre un poco errabundo: se sabe que viajó bastante por Europa; luego se le ve en Jamaica el año 47, y más tarde en Venezuela y Colombia, donde hizo relación—si es que no lo conocía ya del extranjero—con el general Tomás C. de Mosquera, antiguo Presidente de Nueva Granada, con aficiones y dotes de historiador, autor de unas "Memorias sobre Bolívar".

Pasando al Brasil en 1852, permaneció apenas dos años en Río de Janeiro, y de allí se vino a nuestro país en el vapor "Camilla" a principios de setiembre de 1854, durante la presidencia del general Flores.

Arribado a Montevideo, vinculóse rápidamente a los círculos periodísticos, colaborando en "El Comercio del Plata", "El Nacional" y "El Eco de la Juventud".

En "El Comercio" parece que había escrito antes de visitar nuestro país. Debe creerse que fueran algunas correspondencias del Brasil.

Se decía amigo de ultratumba de Florencio Varela.

La primera noticia de sus actividades literarias en Montevideo, se halla — a los dos meses de llegar — en este aviso insertado en "La

República", de noviembre de 1854, que me comunica mi querido amigo el estudioso bibliófilo Ricardo Grille:

"Biografía del General José María Paz. — Desde esta fecha queda abierta en la oficina de "La República", la suscripción destinada a costear los gastos de la biografía del ilustre general don José María Paz, que se propone escribir el literato español Adadus Calpe.

"Se previene a los señores que quieran suscribirse a este importante trabajo, que pague los gastos de impresión, el remanente de la suscripción será destinada a la familia del finado general.

"Cada ejemplar de la biografía costará 4 reales fuertes.

"Montevideo, 11 de noviembre de 1854".

Esta obra creo que no salió nunca.

Publicó en "El Nacional" un largo folletín titulado "Las siete noches del mundo espiritual", y en "El Comercio del Plata", una serie de artículos flojos, pesados de retórica y de citas, especie de divagaciones, más bien.

Era hombre erudito: hablaba seis idiomas y poseía familiarmente el latino.

Las prensas montevidéanas imprimieron tres folletos suyos.

Uno se titula "Breves consideraciones históricas", que dedicó al recién fundado Instituto Histórico y Geográfico de Buenos Aires.

Otro llevaba por título "La novela actual", estudios literarios contemporáneos, ofrecido al "muy honorable e ilustrado claustro universitario, presidido a la fecha (1854) por el doctor Manuel Herrera y Obes. "La novela actual" es una tirada aparte del folletín de "El Nacional", y se hizo por la imprenta del mismo nombre.

El tercero titúlase "Quien a hierro mata a hierro muere" o "Los dos padres", traducción reducida del libro de igual nombre publicado en Nueva York, Imp. "El Nacional", 1855.

En "Las siete noches del mundo espiritual", revela De Pascual conocimiento de ciencias ocultas, demostrando haber leído mucho sobre hipnotismo, sugestión, intervención de médiums, etc.

No tenía esto nada de extraño, en quien había colaborado, en 1851, sobre asuntos de semejante índole en la revista filosófica "Shekina", de Nueva York.

Si bien puede creerse que al venir a Montevideo no abrigaba propósitos de prolongar su estada, pues llegó sin sus libros, hospedándose en el cuarto número 1 del "Hotel París", en la calle 25 de Mayo 242, luego resolvió fijar residencia, pues a principios del 55 anunció la aparición de una revista semanal titulada "La América del Sur", que se ocuparía de política, religión, moral, literatura, historia, educación, ciencias y artes.

En febrero, conforme con la promesa del prospecto, la revista vió la luz pública.

Se la puede considerar una revista bien hecha, con tendencias a innovar favorablemente sobre el tipo general.

Publica, por ejemplo, una serie de interesantes observaciones meteorológicas hechas en la bahía de Montevideo por los comandantes Emilio Croquer y Pedro de Ambarede, oficiales de naves españolas entonces de estación en el Atlántico del Sur, que tenían su asiento central en nuestra rada.

En el número 10 y siguientes, hay una crónica interesante sobre el Hospital de Caridad.

No debían pintar mal las cosas cuando a poco de aparecer "La América del Sur", se aumentó considerablemente el número de sus páginas, anunciándose nuevos progresos.

En marzo de 1855, la actividad creadora de De Pascual presentaba al Consejo Universitario un importante proyecto de escuela, que se titularía "Academia Cristóbal Colón" de Bellas Letras y Filosofía, incorporada a la Universidad.

Según sus palabras, la proyectaba impelido por vocación y alentado por consejos de muchos amigos distinguidos.

* Vale la pena examinar con algún detalle este proyecto: aporta muchos elementos para formar juicio acerca del mérito intelectual del hasta ahora desacreditado personaje.

"Amo a la juventud—dice en la promemoria que acompaña al proyecto—amo a la juventud por simpatía, la amo por amor a las letras y por instinto de inmortalidad, y lo poco que he aprendido de los sabios, ya en las escuelas, ya en los libros, deseo comunicarlo a mis hermanos sudamericanos, para ser de algún provecho a mis semejantes."

El curso de estudios dividíase en dos grandes secciones: literaria y filosófica.

La literaria abarcaría las lenguas: española, inglesa, alemana, francesa, italiana, latina y griega, que serían explicadas en sus respectivos idiomas, cuando los alumnos estuvieran a la altura de comprenderlos.

El método de enseñanza de las lenguas griega y latina, igual al método de enseñanza de las lenguas modernas, no pasaba inadvertido, como excelente innovación, a De Pascual.

"Estoy en la persuasión, decía, de que si escaseamos de buenos latinistas y helenistas, no es otra la causa sino el sistema adoptado de enseñarlas como muertas, contentándonos con la mera traducción y el análisis."

Equivale el párrafo transcrito a la condenación de los mismos métodos atroces con que me enseñaron a mí el latín, cuarenta años más tarde, en el Instituto Politécnico del Salto, haciendo que le tomara odio a tan bella lengua.

¡Y tan abominables sistemas estuvieron en vigencia en nuestra Universidad hasta el último día en que las lenguas clásicas se enseñaron!

La sección filosófica se dividía en dos ramas.

Comprendía la primera, aritmética, álgebra, geografía elemental, trigonometría, topografía e historia de América, "y con especialidad de las Provincias del Plata y Uruguay".

"Porque, según sus palabras, aunque es verdad que se trata de formar miembros útiles de la gran familia humana, intento, sobre todo, sacar verdaderos ciudadanos hispanoamericanos."

Habría, además en la "Academia Colón", cursos de psicología, historia universal y principios de religión, de química aplicada a las artes, física, bellas artes, bibliografía, cronología, mineralogía, geología y botánica.

Entraba, además, en el programa enseñar música, dibujo, pintura, esgrima, bailes y gimnástica.

En todas las ramas pondríase el mayor esmero en unir la práctica a la teoría, echando mano del análisis y de la síntesis,—"únicos modos de aprender".

"Mientras no llegaran del extranjero los aparatos matemáticos, físicos, geodésicos y químicos, se tratarían las ciencias en teoría."

En las demás ciencias, teoría y práctica serían simultáneas.

El alumno debía dar explicaciones razonadas de cada lección: "se ejercitará la memoria—añade—pero no se abusará de ella".

Estamos en presencia de un plan de enseñanza vasto, inteligentemente compuesto, notablemente adelantado para su época y adaptable en la actualidad en muchas de sus partes.

Pero todavía es más interesante el capítulo referido a la disciplina de la escuela, cuando expresa:

"El rigor no condujo jamás a templo alguno, ni al de la sabiduría, ni al de la gloria, ni al de la delicadeza, ni al del verdadero Dios: por tanto, todo castigo corporal o cualquiera que pueda humillar a los alumnos, será desterrado de la Academia, limitándose las penas correccionales a despertar las fibras de la sensibilidad y del honor, que en esta edad son altamente susceptibles. Para los incorregibles no habrá más que un castigo: la expulsión de la Academia, la cual no tendrá lugar sino después de haber agotado las medidas más suaves y fraternales."

Ningún profesor — para mayor garantía — podría aplicar castigo alguno sin consentimiento del Director.

Por cada diez alumnos pagados que concurrieran a la Academia, se tomaría un educando gratuito entre los muchachos pobres y desvalidos de campaña, a razón de uno por cada departamento del Uruguay y de las provincias argentinas.

Ese extenso programa fué elevado con nota al Ministerio de Gobierno para consultarlo con la Universidad, a fin de que, siendo aprobado por ésta, pudiera incorporarse la Academia a la enseñanza oficial y los estudios cursados en ella pudieran, por tanto, considerarse válidos.

El Consejo Universitario, hizo suyo el informe favorable del doctor Joaquín Requena, a tenor del cual podía accederse a lo solicitado, quedando la Academia en idénticas condiciones que el Colegio Nacional de la Unión.

de Cuando las cosas iban, según corresponde creer, afirmándose, el espíritu/“cristiano errante” que llevaba De Pascual dentro de sí, lo venció de nuevo.

Con el número 13, correspondiente al 29 de abril de 1855, la revista “La América del Sur”, se despide de sus favorecedores...

El ánimo de irse a Europa es evidente en el director, pues formula la promesa de continuar la publicación desde allá.

Se ausentó nuestro hombre de este modo imprevisto, para no volver más a la República, llevando la traducción—hecha en Montevideo—de una obra inglesa de Juan Milton “Plan de Educación”, cuyo manuscrito se conserva inédito todavía en el archivo del Instituto Histórico de Río de Janeiro.

Antes de concluir el relato de su permanencia en el país, necesito dejar constancia todavía de una hermosa iniciativa suya.

Propuso por los diarios levantar una suscripción nacional de 2,000 patacones para imprimir lucidamente en Europa las poesías de Acuña de Figueroa.

El doctor Mateo Magariños Cervantes, residente a la sazón en París, tendría a su cargo la corrección de las pruebas y la vigilancia del trabajo tipográfico.

Todo quedó en proyecto: la Academia, la continuación de la revista... y los manuscritos de Acuña de Figueroa, esperarían aún 35 años para ser impresos — bastante bien cuando menos — en las prensas de Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, en 1890.

Suponiendo que Deodoro De Pascual hubiera realizado su viaje a Europa—circunstancia que ignoro,—sólo vuelvo a encontrarlo en Río de Janeiro, hecho ciudadano brasileño, como empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores—Secretaria dos Negocios Estrangeiros—donde ocupó, en 1861, el puesto denominado “traductor y compilador” “com as honras e vantagens de primeiro official” (Blake).

Empleo subalterno se ha llamado a este destino, pero según informes de personas conocedoras de la organización interior de aquella Secretaria de Estado, era, en su tiempo, un puesto de confianza y de responsabilidad.

En tal empleo, Adadus Calpe tuvo ocasión de tener a mano muchos documentos de valor y las tareas oficinescas le dejaban tiempo para sus aficiones literarias e históricas.

Distinguido, a lo que parece, por alguna simpatía de Pedro II, fué probablemente bajo la imperial mirada que el Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro incorporó a De Pascual en la lista de sus miembros de número, el 3 de junio de 1859.

De Pascual presentó a la docta corporación, cumpliendo con los estatutos, un manuscrito que lleva por título “Apuntes geográficos y descriptivos del Gran Chaco Gualamba”.

Este trabajo, que yo tenía por inédito, fué publicado en Río de Janeiro en 1885, según noticia que me ha transmitido recientemente el doctor Max Fleiss.

Victimado por la anemia, como dije antes, Antonio Deodoro de Pascual falleció en la capital brasileña, en la casa número 14 de la Playa do Flamengo, el 25 de setiembre de 1874, siendo sepultado al siguiente día en el cementerio de San Juan Bautista.

Fué un hombre tan laborioso como enfermizo, y lo dice en el prólogo de uno de sus libros, cuando hace alusión “a sus improbables tareas y deteriorada salud”.

El doctor Joaquín Manuel Macedo, en la magna sesión aniversario del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, el 15 de diciembre de 1874, hizo el elogio del difunto colega, en los términos siguientes:

“Antonio Deodoro de Pascual, español de nacimiento, fué hombre de ilustración notable, que tuvo, en el conocimiento acabado de distintas lenguas, claves para las letras y para las ciencias.

“Sirvió al Brasil como a su patria adoptiva.

“Nuestro Instituto débele interesantes trabajos, en los cuales abundan las manifestaciones de su variada ilustración.

“Escribió también romances de mérito por las ideas filosóficas que ellos desenvuelven, y cultivó, además, la literatura dramática.”

IV

La obra de Antonio Deodoro de Pascual

Voy a dividir la producción intelectual de Adadus Calpe en dos partes, una histórica y otra literaria, separando, para considerarlos aparte, sus “Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay”.

Ocioso es advertir que mi enumeración bibliográfica no debe creerse completa, pues nada tendría de extraño que alguno de los trabajos menores escapase a mis pesquisas, falta de tiempo—como ya lo dije—para ponerles ajustado punto.

Obras históricas (en portugués):

Esbozo biográfico del conde José María Velho da Silva, por A. D. De Pascual. Río de Janeiro. Tipografía de Domingo Luis de los Santos, 1861. In 8.º, 45 páginas. (Bib. Nac. de Río de Janeiro).

Es un elogio fúnebre pronunciado en el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, que fué quien lo hizo imprimir.

Ensayo crítico sobre el viaje al Brasil, en 1852, de Carlos B. Mansfield, por A. D. De Pascual (Adadus Calpe). Río de Janeiro, Laemmert, 1861. 2 volúmenes in 8.º. (Bib. Nac. de Montevideo y de Río de Janeiro).

Mansfield fué un investigador y químico inglés, “magister artium”, hombre inquieto, que entendía de magia antigua y mesmerismo.

Sufrió largo tiempo la obsesión extraña de conocer el Paraguay y colonizar el Chaco.

Triste fué el despertar de su sueño.

Llegó al Brasil, visitó el Paraguay, viajando dos largos meses por el país, y la realidad lo volvió a Londres, curado de Paraguay y de fantasías colonizadoras.

A los dos años, en 1855, por febrero, Mansfield pereció víctima de una explosión ocurrida en su laboratorio próximo al Canal del Regente, alrededores de Londres.

De Pascual refuta en sus nutridos tomos, muchas de las afirmacio-

nes del viajero inglés, hechas unas a la ligera, y otras desde puntos de vista diametrales—como el problema de la esclavitud, por ejemplo.

Tal como debía ser, nuestro hombre se pone, en todas las ocasiones, del lado brasileño.

Rasgos memorables del señor Don Pedro I, Emperador del Brasil, excelso Duque de Braganza, por A. D. de Pascual. Río de Janeiro. Tip. Universal de Laemmert, 1862, in 8.º, 186 páginas. (Biblioteca del Ministerio de Marina de Río de Janeiro y en la mía).

Se trata de un libro spologético que Alberto Rangel en su celebrada obra "Pedro I y la baronesa de Santos", juzga con todo acierto, diciendo en prosa admirable:

"Que entornava de prestígios excessivos a força o garbo e as insolências do Imperador, en fogo de vista, de exaltação e patriotada."

Un episodio de la Historia Patria. Las cuatro últimas noches de los Inconfidentes de Minas Geraes (1792), por A. D. de Pascual. Río de Janeiro. Tip. del Instituto Artístico Imperial, 1868, en 4.º, 138 páginas. (Bib. Nac. de Río de Janeiro).

Nos hallamos ante un noble tema mal tratado, o, para mejor decir, tratado como se trataba en el Brasil imperial, la gloriosa conspiración de los patriotas mineros.

Aprisionados, deportados al Africa, o ahorcados como Tiradentes por orden de un ascendiente cercano de Pedro II, ¿qué mucho iba a decirse en descargo y glorificación de aquellos mártires de la libertad y de la República?

Breves consideraciones sobre los puntos tercero y cuarto de la "Disertación histórica y geográfica" de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, en 1749.

Está inédito en el Archivo del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil este manuscrito, que yo no conocí.

Breves reflexiones históricas, 1855.

Tampoco se ha publicado este trabajo que guarda, como el anterior, la docta corporación brasileña.

Obras literarias y filosóficas:

Elementos de lógica. Madrid, 1842.

La Americana y la Europa. Novela editada en España en 1843 (?). (Blake).

Las cuatro postrimerías del hombre: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria. Nueva York, 1850.

Obra escrita en español, no la he visto.

The two fathers (Los dos padres). 3 volúmenes. Nueva York, 1852.

Novela en inglés, tampoco la he visto.

La muerte moral. Novela. Garnier Hnos. París. Río de Janeiro, 1864.

Consta este formidable novelón de cuatro tomos, donde se dejan ver los viajes del autor, que parece documentado del natural en muchas descripciones.

El primer tomo tiene como subtítulo "César" y consta de 348 páginas; el segundo se subtitula "Antonietta", con 387, y en ambos la escena se desarrolla en Italia.

El tercer tomo titúlase "Aníbal", y es de 318 páginas, y el cuarto "Almerinda", con 346.

Los sucesos tienen lugar sucesivamente en España, Estados Unidos de América y Venezuela, haciendo, con soluciones de continuidad, el itinerario de Adadus Calpe antes de llegar al Brasil. Blake dice que fué una obra empezada en Europa y concluida en Río de Janeiro.

Esposa y mujer. Novela brasileña. Río de Janeiro, 1852. Está en la Biblioteca del Ministerio de Marina de Río de Janeiro, pero no la pude ver por falta material de tiempo.

Antonio Deodoro De Pascual colaboró en Río en el "Correio Mercantil", en el "Jornal de Río de Janeiro", y en muchos otros diarios y revistas del mismo país y extranjeros.

Fué también redactor de la sección americana del "Nuevo Eco de Ambos Mundos", publicado por José Zorrilla, en Madrid.

V

Los "Apuntes" de historia nacional

Se llega, por fin, al estudio del vínculo que liga fuertemente a Antonio Deodoro de Pascual con las cosas nuestras.

La residencia en Montevideo nada habría significado por sí sola, si no nos hubiera dejado un ensayo sobre historia del país, que lleva por título "Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay".

De este ensayo, no obstante el aviso de que constaría de cuatro tomos, nunca vieron la luz sino el primero y el segundo.

Publicado en París, el año 1864, en casa del editor Th. Ducessois, 55 Quai des Agustines, fué escrito en 1859.

Son dos tomos en 8.^o, uno de 367 páginas y el otro de 512, impresos con esmero no exento de ciertos detalles de lujo, como los títulos de la carátula y algunas iniciales tiradas en rojo.

La promesa consignada en el tomo primero, y a la que recién me

referí, hacía esperar cuatro tomos de 400 páginas, con 5 viñetas cada uno, además del mapa de la República levantado por el general Reyes.

Los grabados insertos en los dos tomos primeros son abiertos en cobre y bastante mediceros en cuanto a dibujo, aunque buenos como trabajo de buril.

Una lámina tiene un error en la leyenda, la que va en la página 264 del tomo primero: en vez de decir "el gaicho" dice "el ganchio".

El mapa de Reyes o su reproducción no apareció nunca. Al frente del primer tomo hay un plano topográfico de Montevideo.

La narración, de haberse terminado la obra, abarcaría el período que media entre 1810 y 1859, pero no alcanza a llegar sino hasta 1839, donde concluye el tomo segundo.

"El segundo tomo de nuestra historia—dice—termina aquí, por ser el año 1839 el comienzo de la tercera época de las vicisitudes que han agitado estas regiones y especialmente el Estado Oriental."

"El tercer tomo, continúa, encierra la segunda presidencia de Rivera, sus desastres, sus triunfos, el sitio de Montevideo, y los papeles que representaron en estos tiempos, la Inglaterra, la Francia, el Brasil, las provincias argentinas, la Banda Oriental y la diplomacia de ambos continentes, los nacionales y los extranjeros."

Pero ese tercer tomo quedó inédito, igual que el cuarto y último.

Parodiando el primero de los aforismos de Hipócrates: *Vita brevis, ars longa, occasio praeceps*..., empieza el último párrafo del tomo segundo de De Pascual, con estas palabras:

"Ardua es la tarea, inmenso el trabajo, difícil la ejecución, innumerables los escritos, escasas las buenas fuentes y débiles nuestras fuerzas...".

"Empero,—concluye, en brazos de la esperanza,—lo venceremos todo a fuerza de constancia, amor a la verdad, y convencidos de que prestamos un verdadero servicio a la humanidad, y sobre todo a la América de origen ibero."

Y todavía, según se desprende de las palabras consignadas en la página 61 del tomo I, los proyectos no concluían allí...

"Cuando escribamos la historia del Paraguay, daremos una idea cabal...".

Los Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay, no van a ser considerados por mí en esta ocasión.

Es una obra familiar a los que estudian historia nuestra, y sin constituir una rareza bibliográfica, tampoco es un libro corriente.

Antonio Deodoro de Pascual se muestra enemigo encarnizado de Artigas, aunque reconoce, en honor a la verdad, que sus tendencias

personales fueron torcidas por la influencia funesta de sus malos consejeros.

Juzgando los hombres y los sucesos con criterio de español, de ciudadano brasileiro y de monarquista, no podía haber sido de otro modo.

Es, en cambio, parcial de otra manera en lo que dice al general Fructuoso Rivera y su partido, que parecen resultarle ampliamente simpáticos.

Utilizó en su historia—es evidente para mí—muchos cuerpos documentales que todavía se conservan invariados en el archivo del palacio de Itamaraty, en Río de Janeiro.

Pude yo, merced a la gentileza de un alto empleado del Ministerio de Negocios Extranjeros del Brasil, el doctor Napoleón Reis, pasar la vista, al cabo de sesenta años, por sobre los mismos papeles que sirvieron a la tarea de Adadus Calpe.

Me fué dado comprobar, de esta manera, que tal cita o tal transcripción de "El Argos" de Buenos Aires, por ejemplo, que de Pascual hace en su historia, la tomó del número de "El Argos", que corre encuadrado en el propio legajo, enviado desde la capital porteña por el mismo agente—si mal no viene, el mismo espía—que firmaba las noticias venidas desde allá.

De mis lecturas en los archivos brasileiros saqué la impresión general de la honestidad con que Antonio Deodoro de Pascual utilizó los documentos limpiamente, sin modificaciones ni fragmentaciones que hubieran podido favorecer sus tesis.

Se puede afirmar, entonces, que hay mucho de cierto en lo que expresa Adadus Calpe, al consignar que su trabajo está basado "en documentos auténticos públicos e inéditos, y en otros datos originales extraídos de los archivos y bibliotecas nacionales y particulares..., robustecidos por la tradición oral de testigos oculares de los hechos."

Tengo motivos para creer que mientras estuvo de Pascual en Montevideo, acopió elementos para su trabajo.

Mi querido amigo Grille, que cité antes, me ha hecho notar, que él recordaba haber leído en algún diario del 55-56, el aviso de cierto señor que se hospedaba en un hotel y que compraba colecciones de periódicos antiguos y papeles referentes a nuestra historia.

Este extranjero podía ser muy bien De Pascual que, justamente, vivía en el Hotel de París.

A despecho de todo, sin embargo, los "Apuntes" de De Pascual han sido juzgados con no menos acritud que su autor; tal vez por su autor, más que por la obra misma.

Bauzá, en la introducción de su historia, llama a este libro "libro muy desacreditado entre los americanistas".

Melian Lafinur lo libra al desprestigio que debía fluir, de las características de quien lo hizo.

Acevedo, ofuscado por su propia tesis, contribuye a desacreditar al antiartiguista.

Estrada, quién sabe si por antirriverismo, a su vez, tampoco le escatima el calificativo deprimente.

Sin embargo es, en el fondo, sea cual sea su orientación o tendencia, un libro bien hecho, pese a su estilo campanudo y a cierto pedantismo de la época, y vale tanto o más que muchos otros que corren por ahí con bastante mejor fama.

Un extranjero, Carlos I. Salas, argentino, en la página 93 de su "Bibliografía de Brandzen", dice que no obstante la opinión de Bauzá "el señor Deodoro de Pascual fué el primero que en su obra estudió con detención la campaña de 1827 y tuvo en cuenta, al describir la batalla de Ituzaingó, tanto los partes del Marqués de Baracena como los del general Alvear."

El mismo Salas, en su "Bibliografía de San Martín", tomo II, página 48, insiste en que, a pesar de sus defectos, el libro referido contiene datos de suma importancia en lo referente a la guerra que terminó en Ituzaingó.

VI

Consideraciones

Para concluir, y a riesgo de internarme en terreno de ninguna seguridad para mí, quiero—al modo del venezolano doctor Carbonell—apuntar unas líneas sobre psicopatología de Antonio Deodoro de Pascual.

Nótese bien que las conclusiones a que yo arriba son conclusiones de abogado — y perdonéme mi distinguido colega el doctor Rafael Schiaffino, que es un versado médico.

Creo que nuestro hombre andaba alrededor de ser un histérico, en apoyo de lo cual se encontrarían en él, a mi ver, estas características:

- a) *Tendencia ambulatoria*.—Sus viajes por medio mundo.
- b) *Falta de perseverancia, mentalidad inestable*.—La Academia Cristóbal Colón dejada en proyecto, igual que la biografía del general Paz; la "Revista de la América del Sur" suspendida; los "Apuntes de Historia de la República", sin concluir.

c) *Vuelo imaginativo. Tendencia a la fabulación.*—Las cosas que le dijo a Juan Valera; los tomos inacabables de sus novelas.

d) *Melancolía.*—Sus quejas continuas; dudas de si moriría pronto; enfermedades que lo agobian o lo acechan.

Pudiera suceder que, al fin, el uso de los famosos elixires—alcaloides, morfina, compuestos de opio, *hachich*,—hubieran provenído de una tentativa de medicación sedante.

Ustedes dirán y pensarán de todo esto lo que les parezca.

Yo, por mi parte, creo que el sujeto y sus obras, ofrecen mucho tema.

Por lo pronto, ahí dejó en la balanza, de un lado, todo cuanto yo, conocido o inédito, he traído a juicio, y del otro, la “horca funi-fantasmagórica”, y los cuatro frasquitos de don Juan Valera...

DEL AUTOR

PINTORES Y ESCULTORES URUGUAYOS. Historia y crítica de arte. Montevideo, 1906 (agotado.)

JUAN CARLOS GÓMEZ SENTIMENTAL. Montevideo, 1918 (agotado)

EL DIBUJANTE JUAN M. BESNES E IBIGOYEN. Montevideo, 1919 (agotado).

LA REGIÓN SALTEÑA. Historia general de la ciudad y el Departamento del Salto. (En colaboración con el Dr. César Miranda.) Montevideo, 1920 (agotado.)

EN PRENSA

ICONOGRAFÍA DEL GENERAL FRUCTUOSO RIVERA.